

MVSEVM







R.45.138

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats

MVSEVM

IGNACIO ZULOAGA

RECENTEMENTE la población de Eibar, en Guipúzcoa, fué teatro de una conmovedora, sencilla y, por lo tanto, imponente manifestación popular. Se festejaba el éxito de un hijo del país que había llegado a ser un pintor célebre en el mundo entero y que acababa de obtener uno de los grandes premios de la Exposición de Roma. Cerca de diez mil habitantes de la región, todos obreros y gente del pueblo, fueron a aclamar a su compatriota. No hubo ni discursos oficiales ni ceremonias; tan solo un banquete modesto y cordial, después del cual el artista recibió un álbum lleno de firmas de esos miles de humildes, y esta fué la más pura emoción de toda su vida: el entusiasmo vibrante e ingenuo de ese pueblo que acudía a él espontáneamente a ofrendarle su admiración.

Se encontraba en aquel ambiente rústico del país vasco donde se deslizó su infancia y donde, desde el siglo XVIII, sus antepasados habían trabajado. Fué en julio de 1870 cuando nació. A su bisabuelo se deben obras maestras de armería con destino a la Corte y la organización de la Armería de Madrid; su abuelo la había también dirigido, revelándose un damasquinador magistral; después se ocupó en cerámica, y en estos trabajos interesó a sus hijos. El tío de nuestro artista continuó esta manifestación de arte, y su padre ha dejado maravillas de trabajos en hierro y damasquinado, habiendo antes cultivado la escultura de animales en París, donde conoció a Carpeaux y a Barye. En Eibar, donde acabó por establecerse, formó, hasta su muerte, acaecida en 1910, un núcleo de selectos obreros



IGNACIO ZULOAGA

1913. III. N.º 1.

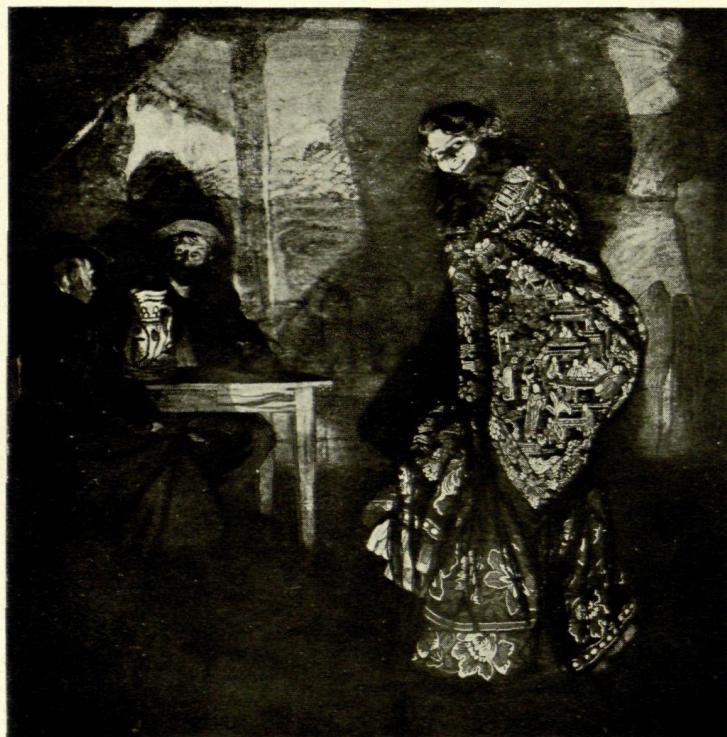
EL CASTILLO DE CUÉLLAR



de arte. Nuestro pintor estaba, pues, con tal familia, preparado para ser un buen artista. Y creo que ya es cosa de decir su nombre: hablo de Ignacio Zuloaga, el más grande pintor español viviente. Poco hay que contar de sus comienzos. Allá en 1889 fué a Roma, más tarde a París y empezó a trabajar en búsqueda de su camino; viajó por España, luchando contra la obscuridad y la pobreza, porque este descendiente de artistas era infinitamente más rico de honor y de talento que de dinero.

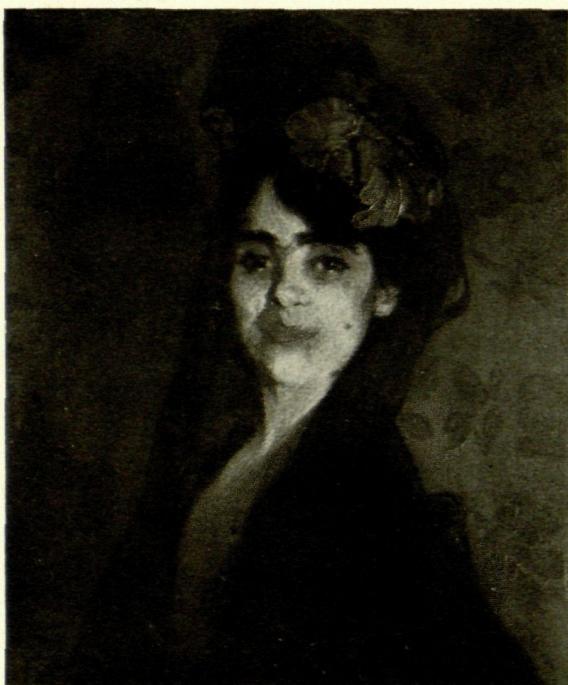
Fué hacia 1891 que yo vi sus primeros estudios en un reducido almacén de la calle Lee Peletier, donde un entusiasta aficionado de arte moderno, fallecido después, Le Barc de Boutteville, reunía con el título contradictorio de «galería impresionista y simbolista» todo linaje de cuadros de gente joven. Me llamaron la atención los trabajos de ese español que firmaba Zuloaga y Zabalaeta, juntando el

nombre de su madre al suyo, y de cuyo artista solo se me supo decir que no sabía francés (lo aprendió admirablemente con el tiempo) que vivía solitario y que trabajaba mucho. En 1894 comenzó a exponer en el Salón de la Sociedad Nacional; en 1898 un retrato en pié atraía la mirada de los intelectuales; en 1899 un grupo de retratos era comprado por el museo del Luxemburgo, y de pronto Zuloaga alcanzó la celebridad. La fortuna y la gloria se le ofrecían. Su historia íntima se resume, como su historia artística, en una palabra: trabajo. Casado con la hermana de un delicado y expresivo pintor francés, Máximo Dethomas, vive una parte del año en Segovia, en la vieja iglesia de San Juan de los Caballeros, que ha transformado en estudio, y donde crea, apasionadamente, un mundo de figuras. Prosigue su labor en París, en un sencillo taller que carece de todo lujo; pero cuyos muros es-



IGNACIO ZULOAGA

L. BRIVAL EN "CARMEN"



IGNACIO ZULOAGA

LA EMPOLVADA



VÍSPERA DE TOROS, POR IGNACIO ZULOÁGA. (MUSEO DE BRUSELAS)



LA MERIENDA, POR IGNACIO ZULOAGA. (MUSEO DE BERLÍN)



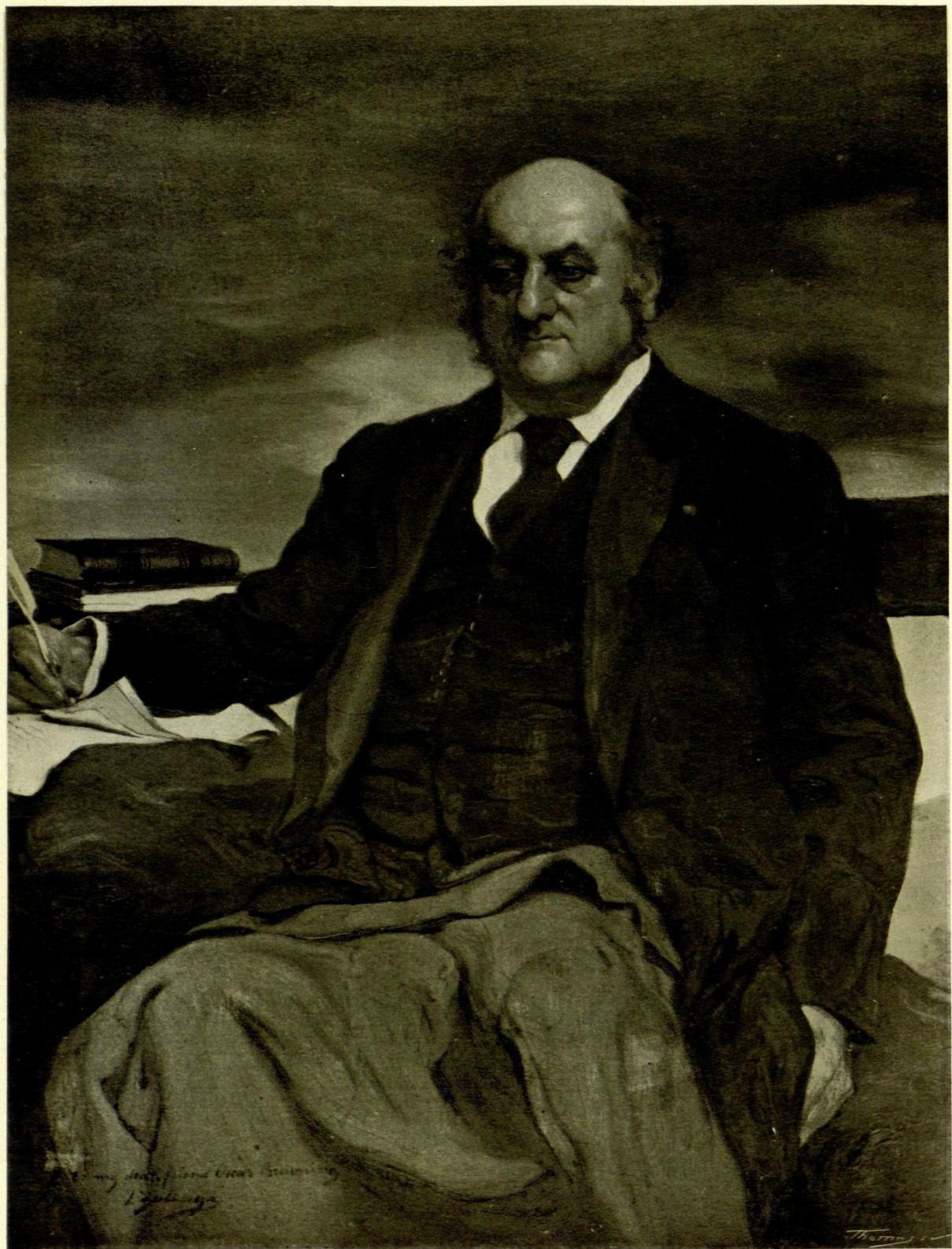
MI TÍO DANIEL Y SU FAMILIA, POR IGNACIO ZULOAGA



RETRATO DE LA SEÑORITA M.
POR IGNACIO ZULOAGA



RETRATO, POR IGNACIO ZULOAGA. (MUSEO DE PAU)



MR. OSCAR BROWNING,
POR IGNACIO ZULOAGA



PAULETTE DE LA HARPE
POR IGNACIO ZULOAGA



LAS BRUJAS DE SAN MILLÁN,
POR IGNACIO ZULOAGA

tán decorados mucho mejor que con las más ricas tapicerías o las chucherías de los pintores mundanos: por telas de Goya y de El Greco; maravillas recogidas sagaz y apasionadamente por un ferviente admirador de maestros. El hombre y su obra reflejan completamente la impresión de una voluntad independientemente absoluta, por lo que se refiere a la moda y la época.

El trazo más saliente del arte de Zuloaga es, en efecto, la rebusca intensa del carácter; pero en una forma y un estilo profundamente clásicos. No solamente no ha sido perturbado por la estética impresionista, sino que su obra entera constituye una repulsa a esta estética en el dominio del estilo y en el de la técnica. Ante todo el impresionismo inquiere la transposición de efectos de luz sobre los objetos y los seres, y se dirige a hacer sensibles los más curiosos y los más sutiles de esos efectos. Traduce lo momentáneo e intenta seguir minuto por minuto las intere-

santes y fugaces modificaciones de la luz. El aire coloreado que se interpone entre las cosas

y nuestros ojos es el asunto verdadero y esencial de todo cuadro impresionista, y, muy amenudo, esta preocupación condujo a los maestros de arte a sacrificar el dibujo y el carácter de los objetos y los seres distinguidos entre esa vibración cambianta que acababa por constituir la substancia misma de esos seres y de esos objetos. El señor Zuloaga, en sus figuras o sus paisajes, se presenta, por el contrario, absolutamente dispuesto a no ocuparse de esta verdad atmosférica y de esta anotación de los efectos transitarios. Es, en esto, semejante a los antiguos maestros, a los paisistas franceses de 1830, a los holandeses y, aún, a los clásicos de los siglos XVII y XVI. Teodoro Rousseau, Ruysdael, Hobbema, lo mismo que

Rembrandt y Ticiano, buscaron, principalmente, el carácter sintético y permanente de los paisajes y figuras. Ellos, por cierto, en-



IGNACIO ZULOAGA

ESTUDIO

contraron y apreciaron efectos de luz justos y especiales; pero su gran preocupación fué, desdeñando el efecto fugaz y el aspecto cambiante de la atmósfera, valerse de los planos y los volúmenes de la realidad profunda e inmutable. Han impuesto a los paisajes y a las figuras su luz propia, concebida según una harmonización particular, hija, ciertamente, de una observación intensa; pero creada de nuevo y modificada según un efecto por entero personal. Renunciando a perseguir la naturaleza minuto por minuto, encontrando vana, además, esta persecución que no será jamás completamente posible y que tiene en último término a la fotografía en colores instantánea, prefirieron evocar, mediante todos sus recuerdos, la cosa vista. El señor Zuloaga obra así; y con tanta libertad como Ticiano dispone detrás de una figura un paisaje cuya estructura y cuya tonalidad

están destinadas a darla la importancia requerida. Ha firmado algunos paisajes sin personajes. Se ve en ellos categóricamente su voluntad de logro de síntesis. Desde un principio, esas visiones de una España dilatada, desierta y trágica están observadas del natural, y quienquiera conozca el país, lo halla fielmente reproducido. Pero el artista se ha desprendido de toda imitación. Combina los planos y los tonos para la obtención, lo más aproximada posible, del estado de alma que pretende sugerir, y ha pintado, no las cosas, sino su sentimiento. La luz de las obras de los museos nos parece verdad; pero, en cuanto salimos al exterior, echamos de ver la diferencia que media entre esa luz y la de la calle, comprendiendo entonces que, si nos emocionó, fué debido a que



IGNACIO ZULOAGA

MI PRIMA CÁNDIDA

era una creación del espíritu de los maestros. El pintor Zuloaga solo cuidó de hermosas y graves tonalidades asociadas con energía. En



IGNACIO ZULOAGA

SEGOVIA

esto corre parejas con Degas, quien ha sido colocado entre los impresionistas porque fué camarada suyo y compartió con ellos su destino, y, no obstante, su arte es antitético al de ellos. Y Manet en su primer período, Manet el del período obsesionado por Goya y Hals, era también indiferente a la atmósfera. Y fué, quizá, porque sintióse incapaz de igualar a esos genios que cedió, después de 1870, al influjo de sus amigos impresionistas y se entregó a ese arte de anotaciones momentáneas tan encantador, pero, tan superficial, que los grandes artistas descuidaron para atender a la realidad profunda.

Va, pues, el señor Zuloaga, contra las tendencias modernas, en cuanto a ese punto de vista, y así le ha sido reprochado. Con facilidad se tacha en el día, a los dibujantes y a los que tratan de que prevalezca el carácter en sus producciones, de hacer «pintura de museo». ¡Lo que no es un reproche que sea tan fácilmente merecido! En realidad, el señor Zuloaga ha encontrado ya «su luz», como Rembrandt, Watteau y Goya tienen la suya. Es reconocida enseguida, constituye su ver-

dadera firma. No fué tomada de ningún maestro, sino que es bien propia, y esto es una dificultad suprema. También va contra las tendencias modernas actuales por su modo de pintar: no procede ni por manchas, ni por división de tonos, ni abusa del anaranjado y del azul, ni se atiene al puntillismo, antes emplea tonos enteros, soberbias yuxtaposiciones de colores no mezclados, negros profundos, veladuras, toda la bella y sencilla técnica de antiguamente: aquella que bastó a realizar las grandes obras maestras.

Y, sin embargo, no es su lenguaje el de un virtuoso. El señor Zuloaga es lo que se llama un «buen pintor», a quien, según la opinión frecuentemente manifestada por la crítica en todos los países donde expuso, su maestría le pone al igual de un Besnard o un Sargent. Pero éstos, que son grandes artistas, dejan siempre, en más o en menos, la impresión de ser unos virtuosos. Su técnica deslumbradora hace pensar en la labor de un Kubelik, de Sarasate, de un Busoni o de un Hollman: se impone sea cual sea el asunto, se piensa en ella desde luego, y se piensa de-



COQUETERÍA GITANA,
POR IGNACIO ZULOAGA



MERCEDITAS, POR IGNACIO ZULOAGA



EL MATADOR "CORCITO"
POR IGNACIO ZULOAGA



EL BUÑOLERO, POR IGNACIO ZULOAGA



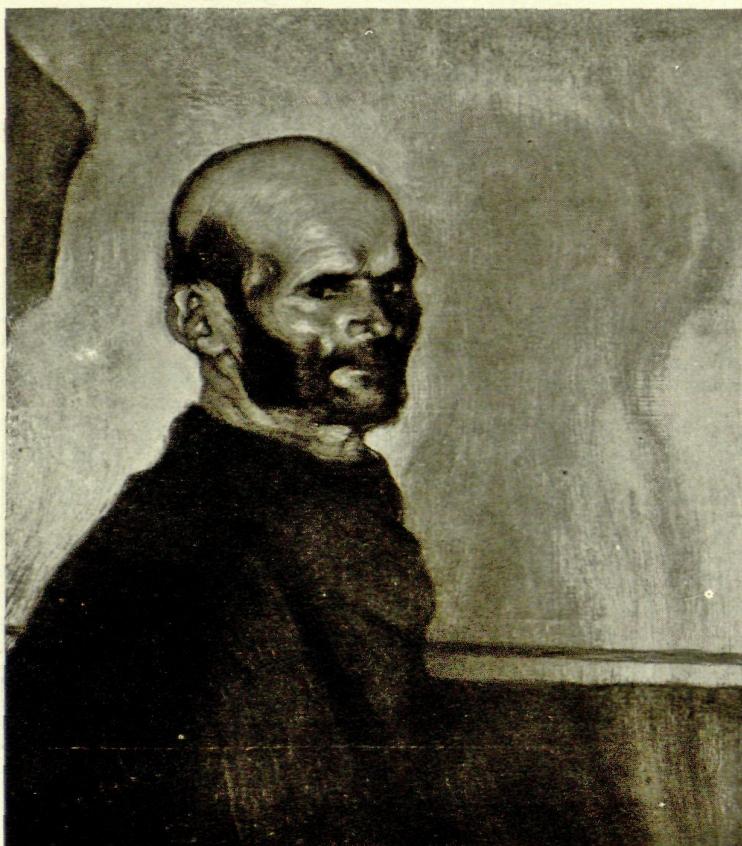
LOS VENDIMIADORES, POR
IGNACIO ZULOAGA (FRAGMENTO)

masiado. Produce la sensación de un maravilloso esfuerzo. El señor Zuloaga, por el contrario, desaparece detrás de sus temas — y este es el secreto de los grandes artistas. La labor de Ysaye, de Sauer, de Casals, tan perfecta y tan sorprendente como la de cualquier otro virtuoso, no permite pensar más que en la obra que manifiesta. Delante de las telas de Zuloaga, es en la vida en lo que se piensa — y solamente después se comprende lo que vale el artista. — Su ciencia es tan absolutamente adaptada al asunto, que la obra parece haber sido creada por sí misma y sin dificultad. Jamás el medio sobreponese al fin; jamás el pintor se hace admirar; jamás es aparentemente virtuoso. En este particular, es tan reservado, tan concentrado, y tan sobrio como Ingres. No existe una sola pincelada suya que no tenga su estricta utilidad en el conjunto de la obra, y tratar de habilidad frente a sus telas, sería casi ofenderle. En estos tiempos en que hemos de desaprobar por



IGNACIO ZULOAGA

GITANA



IGNACIO ZULOAGA

JUEZ DE PUEBLO

un igual a los equilibristas, a las provocativas truhanerías o a ignorantes escondiendo su impotencia con pretendida ingenuidad de primitivo, el señor Zuloaga resulta el poseedor de la verdadera fuerza: de aquella que lo puede todo; y sabe, también, que el saber no es más que el medio de expresar y de emocionar, y que sólo tiene interés real a ese precio.

Tan opuesto a la moda es su estilo como su técnica. Es español y pinta su país. De éste da una idea infinitamente intensa, y una de las causas de su éxito ha sido la intensa originalidad de la España evocada. España, en pintura y en las óperas, place mucho a los parisienses; pero la revelación de la obra de Zuloaga les impresionó, porque mostraba de una vez la convención y lo irritante de cuanto en ese género había sido exhibido en las exposiciones y presen-

tado en los teatros. Inmediatamente se advirtió que un país y una raza estaban manifestados allí, merced a la potencia de un realista nutrido de verdad, indudablemente; y, además, visionario capaz del logro de síntesis.

Y lo más singular, es que Zuloaga encontró en su misma patria, a causa de eso, viva oposición, que se tradujo en hostilidad. Al igual que Manet, ha sido discutido menos por causa de la técnica que del estilo, del carácter y el sentimiento. Y lo que precisamente le hizo triunfar en Francia, fué, en España, motivo de polémica.

Al llegar aquí, tengo el deseo de declarar cuanto siento yo la necesidad de ir con tacto y sin excederme, siendo extranjero y hablando de un español en una revista hispánica. Mas espero que le sea permitido a un crítico de arte francés presentar argumentos de índole artística, sin mezclarse en las discusiones y los incidentes como aquellos que tantas veces ocurrieron a propósito de Ignacio Zuloaga. Con seguridad, la oposición que le hicieron

no guarda semejanza, ni por el grado de iniquidad ni por los insultos, con aquella que persiguió a Manet durante su vida. La acusación de «realismo» valió a ambos maestros reproches igualmente discutibles. Manet frente a las alegorías de la escuela clásica y las escenas del romanticismo decadente, opuso el estudio de la figura moderna, y trató de elevarlo al estilo.

Ha pintado España, Ignacio Zuloaga, tal cual la vió y la ama. Esta España en que él adora y que ve en su realidad, ya que vive en

ella y la corre sin cesar, observándola amorosamente, es la España antigua, superviviente, aquella de las mujeres tocadas con mantilla, de los toreros, de los pordioseros pintorescos, de los enanos, de las hechiceras, de las viejas ruinas, de los montes escarpados, y las llanuras melancólicas; la España soberbia, heroica y cómicamente sabrosa, la



IGNACIO ZULOAGA

LUCIENNE BRIVAL EN "CARMEN"

España de Calderón y de Cervantes. Así esto parécenos acertado y legítimo en Francia. Es, por lo mismo, que nos hemos enterado, con sorpresa, de que la España ciudadana,



■ LA FAMILIA DEL TORERO
“GITANO” POR IGNACIO ZULOAGA



EL ALCALDE DE TORQUEMADA,
POR IGNACIO ZULOAGA

la España de las hermosas calles modernizadas, familiarizada con «el estilo de París», se burla de ver al mejor dotado de sus artistas mostrarla al mundo en su color local, que desaparece de dia en día ante la canalización del *confort contemporáneo*. El lado sensual de la obra sublevó, por otro lado, a la gazoñería, porque un espíritu tan claro y una mirada tan potente traducen sin rodeos cuanto perciben. Cuando un pueblo cesa de amar su color local, se impone que sea el extranjero quien persista en amarlo. El público internacional dió, pues, la razón al artista, disintiendo en esto de algunos de sus compatriotas. Por éstos se le ha opuesto al señor Zuloaga pintores con quienes es ilógico se le compare: el señor Sorolla y Bas- tida, por ejemplo. Este artis-

ta ha recibido en Francia calurosa acogida. Es un gran virtuoso de quien desde hace largo tiempo me he complacido en elogiar su talento. Contribuyó en gran manera, en 1895, a reanimar en España la vitalidad de una escuela que languidecía en un clasicismo aca-

démico o en la amanerada imitación de Fortuny. Y cabe decir que si éste, en su breve y triunfal carrera, fué un sabio y delicioso artista, no podía, por lo tanto, dar nacimiento a una escuela española, ya que procedía de Watteau y del siglo XVIII. Por sus figuras brillantes de color y sus asoleados paisajes atestigua el señor Sorolla un inmenso talento: se ha aprovechado felizmente del impresionismo francés, e indicado a sus compatriotas ese camino de rejuvenecimiento. Las lindas vistas de Granada, del señor Rusiñol, las suntuosas y raras telas del señor Anglada, derivan, también, del impresionismo. Pero hablando de realismo, es fuerza observar que el impresionismo es el realismo por exce- lencia, pues nada cabe que haga sin imitar a la naturaleza

llantes de color y sus asoleados paisajes atestigua el señor Sorolla un inmenso talento: se ha aprovechado felizmente del impresionismo francés, e indicado a sus compatriotas ese camino de rejuvenecimiento. Las lindas vistas de Granada, del señor Rusiñol, las suntuosas y raras telas del señor Anglada, derivan, también, del impresionismo. Pero hablando de realismo, es fuerza observar que el impresionismo es el realismo por exce- lencia, pues nada cabe que haga sin imitar a la naturaleza



IGNACIO ZULOAGA

EN SAINT CLOUD

en sus más fugaces efectos, y que, fuera del aire libre, es impotente el artista. El señor Zuloaga sobrevino para determinar una escuela del todo contraria: componiendo según su sentimiento, después de una observación concisa, es menos realista que el señor Soro-

lla, que imita admirablemente la naturaleza; pero que no la interpreta. Si uno de ellos busca la expresión de las apariencias, el otro da preferencia al carácter predominante. Añadiré que el arte del señor Sorolla es, como el verdadero impresionismo, internacional; siendo como es

la base de esta estética el estudio de la atmósfera. No fué como español que se le festejó en París al señor Sorolla, — cuya obra es muy poco manifestativa de su patria y de su raza, — fué como impresionista que había convertido a una parte de la joven escuela española a las recientes doctrinas del arte francés.

Tal matiz hará comprender que el señor Zuloaga, en cambio, reanuda la verdadera y interrumpida tradición, y procede lógicamente, por su técnica y su estilo, de Velázquez, de El Greco y de Goya. Lleva al más alto grado el nombre de España en el mundo. Puede que esta España se meje algo descuidada y miserable a los ojos de la gente reflexiva del país; pero, en cambio, a los artistas de Europa entera se les

aparece incomparablemente interesante. Ese mundo de enanos, de mendigos de capas agujereadas, de viejas de faz espantosa, de toreros, de labriegos, de lindas muchachas de mirar de fuego, tocadas de blonda que corona los rebeldes cabellos donde sangra una flor de color de púrpura, quizá avergüence un poco a la burguesía madrileña; pero es un mundo más bello que la muchedumbre que el progreso trueca en insulsa. El artista sacó de ese mundo los temas de maravillosa sinfonía cromática, y expresó la pobreza soberbia, la gracia ligera, el orgulloso continente, los sentimientos violentos, el amor febril, la ironía acerba, los sombrios sueños o la incuria ingenua con inolvidable riqueza de expresión. Elevó los susodichos seres al estilo de la gran pintura

por la virtud de un dibujo magistral y el profundo, intenso amor a la verdad característica.

Por lo demás, hay de todo en su obra. Si pintó muchachas, tunantes, lisiados, mozos de taberna, enanos y brujas, porque los vió



IGNACIO ZULOAGA

UN JUEZ DE PUEBLO

en su lugar; ha pintado, también, mujeres de elegante altanería, hombres gallardos y pensativos, y jovencitas puras como las flores, porque, igualmente, los había visto. Y en toda esta evocación de seres diversos se encuentra la facultad de emoción grave, la fuerza contemplativa, y la revelación de la vida interior propias de Eugenio Carrière, el transfigurador de las plebeyas y de su prole. El señor Zuloaga, supuesto realista, es de quienes confinan en el idealismo, porque es de los que miran las almas a través de las formas. Cuando se examina una de sus figuras, aunque sean esos seres difor-

mes que Velázquez y Goya, excelsos artistas, se dignarían también pintar, o esas mujeres esbeltas, refinadas, radiantes, de las cuales acertó a cantar la hermosura, viene a la memoria la frase de La Tour: «Desciendo al fondo de mis modelos, y los muestro plenamente.»

Cada una de esas figuras pintadas por ese gran artista concentrado, es, pues, no una fantasía de colorista y de virtuoso, un pretexto para el manejo hábil de la paleta, antes una síntesis viviente y la imagen de una raza en un individuo. El procedimiento, la visión, la ejecución, son clásicos. Mirad como Zuloaga pinta, con solo unas cuantas amplias pinceladas, una sonrisa femenina, e ilumina una mirada y construye una frente; mirad como reúne en una tela cinco o seis personajes de tamaño natural; mirad sus negros, sus grises, su modo de tratar un chal con dibujos, una mano, una flor. Es el atrevimiento y la ciencia de los maestros; solamente los acordes sutiles de algunos tonos, la coloración de las sombras, son de un moderno; pero sin que jamás sufra detrimiento el dibujo. Nunca se dibujó con tanto fuego y maestría más sorprendentes; nun-



IGNACIO ZULOAGA

UNA CALLE EN HARO



TRICROMIA, THOMAS-BARCELONA

(2)

MIS PRIMAS, POR IGNACIO ZULOAGA



IGNACIO ZULOAGA

ca fué advertido con tanto atrevimiento el carácter peculiar de cada ser. Esta multitud desborda de vida exuberante, sin que existan dos criaturas que sean parecidas; las expresiones son infinitamente variadas. La mujer española, sobre todo, aparece en esta serie

con una complejidad psicológica extraordinaria; mas ningún carácter se escapa a este artista que, antes de contemplar en colorista, ha estudiado en hombre, y penetrado todas las formas de la vida psíquica. Mirad, por ejemplo, esa obra audaz intitulada *Lasitud*,

LA DEL ABANICO



GREGORIO "EL BOTERO"
POR IGNACIO ZULOAGA



RITA LYDIG, POR IGNACIO ZULOAGA

donde dos mujeres, una de ellas medio desnuda, están agobiadas por el bochorno del mediodía. No es solo el pretexto para uno de los desnudos más potente-mente sensuales, más soberbiamente modelados que el arte moderno puede exhibir, es un sorprendente poema de voluptuosidad y de melancolía. Quien ha pintado esta carne en desasosiego, con un tan agudo sentido de lo femenino, desplegándose y ofreciéndose, es, a la vez, el pintor trágico de esta *Victima de la fiesta*, donde un viejo picador, ladeándose en el caballo ensangrentado, se perfila sobre un cielo a lo Delacroix y nos da el escalofrío de las grandes obras. *Un requiebro* dicho por un vendimiador a una linda muchacha que pasa a su vera, es toda zumba caústica, libertina y ácida de la España popular, expresada en esas dos figuras de un colorido tan harmónico en su violencia, pero el Balcón donde están asomadas dos damas, es la síntesis de la española fina, altanera, silenciosa, de infinita distinción. El cuadro intitulado *Vieja Castilla* esaún una síntesis, casi una caricatura por oposición de un enano, odioso y solemne, y de un viejo enjuto de carnes, envuelto arrogante en su capa usada, sirviendo de marco a esos dos pobres rebosantes de orgullo el vasto paisaje árido que les vió nacer, y que da a su perfil bizarro y risible un fondo de rica mescolanza. Amenudo el artista se complace, también, en tratar el paisaje como un elemento intelectual, inspirando a los seres o representando sus sentimientos, y él



IGNACIO ZULOAGA

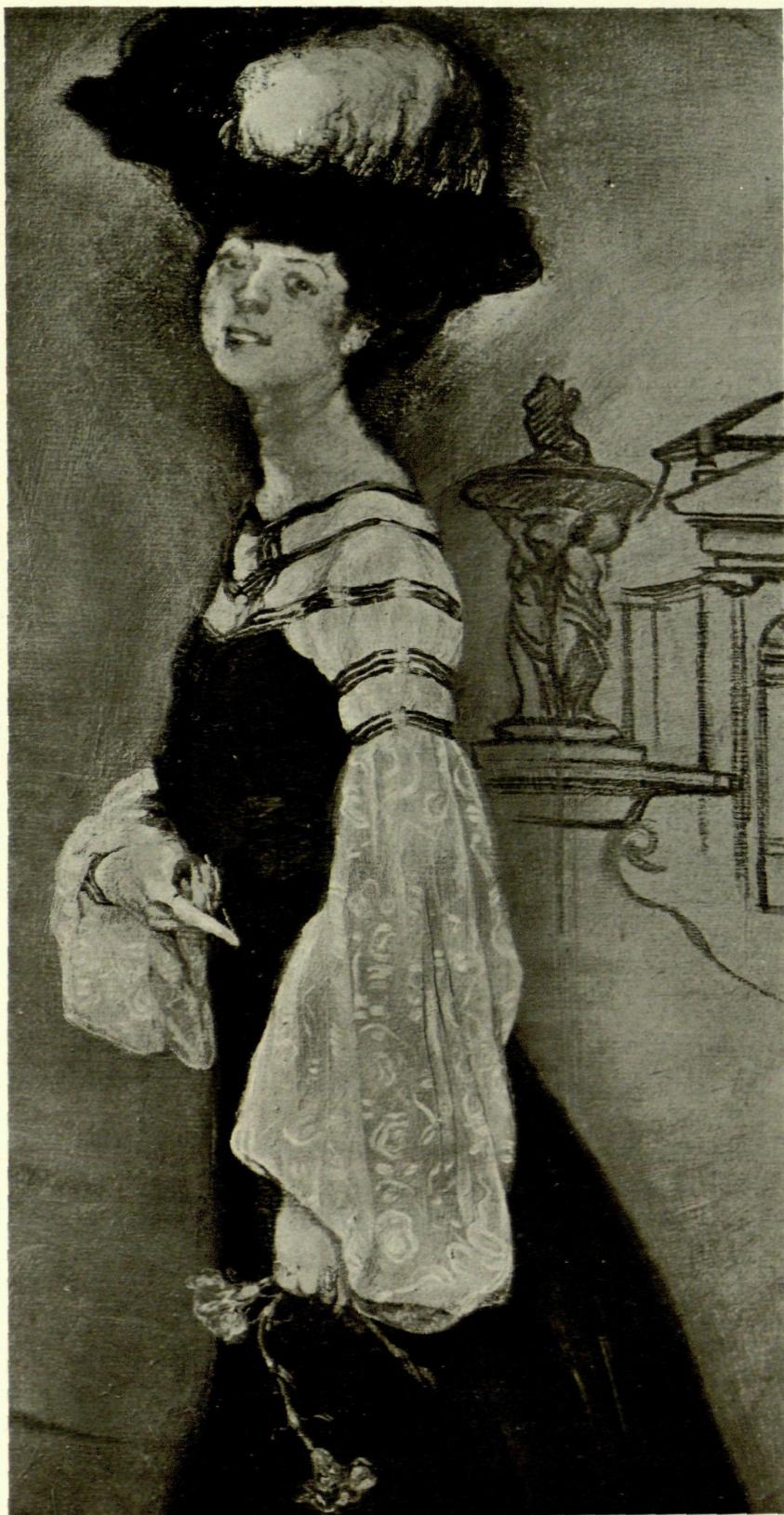
BAILEADORA

muchacha que pasa a su vera, es toda zumba caústica, libertina y ácida de la España popular, expresada en esas dos figuras de un colorido tan harmónico en su violencia, pero el Balcón donde están asomadas dos damas, es la síntesis de la española fina, altanera, silenciosa, de infinita distinción. El cuadro intitulado *Vieja Castilla* esaún una síntesis, casi una caricatura por oposición de un enano, odioso y solemne, y de un viejo enjuto de carnes, envuelto arrogante en su capa usada, sirviendo de marco a esos dos pobres rebosantes de orgullo el vasto paisaje árido que les vió nacer, y que da a su perfil bizarro y risible un fondo de rica mescolanza. Amenudo el artista se complace, también, en tratar el paisaje como un elemento intelectual, inspirando a los seres o representando sus sentimientos, y él

exprésalo como si fuera un arabesco, lejos de toda intención realista. Donde más categóricamente se ve es en los cielos de enormes

Universitat Autònoma de Barcelona
 sonajes un fondo cromático anitatis
 co, sin que, por lo tanto, las
 relaciones de la atmósfera y
 de los tonos de los rostros
 sean estudiados en el natural.
 Esos acordes son verdaderos
 porque son bellos, y esto es
 suficiente al artista.

Se pregunta uno como
 pudo ser acusado de realista,
 — en el bajo sentido en que,
 por lo común, se toma esa
 palabra tan compleja,—cuando
 se ven esos numerosos
 bustos de encantadoras y es-
 pañolas, pintadas con pulpa
 de flores. Esos ojos de niña
 de diamante negro, engasta-
 dos en una coloración amba-
 rina de voluptuoso y singu-
 lar encanto, esas mejillas que
 el empolvado satina, esas bo-
 cas abiertas como frutos so-
 bre dientes brillantes y nac-
 rados, esos hoyuelos llenos
 de malicia y espíritu, toda
 esa carne joven que realzan
 las cabelleras suntuosas y las
 blondas o sederías bordadas
 y de una ejecución tan ligera
 y tan lujosa, es la misma be-
 lleza, ataviada de todas las
 gracias de la elegancia ner-
 viosa. ¡Y qué extraordinarios
 desnudos! Un cuadro cual
 aquél donde *Celestina* delga-
 da, dorada y morena como
 mujer soñada por Baudelai-
 re, acaba su tocado, es, a la
 vez, una obra maestra de ca-
 racterización y de pintura de
 interior, con una calidad de
 tono de una singularidad y
 delicadeza deliciosas. Existen
 allí todas las intenciones de
 un Manet; pero con una



IGNACIO ZULOAGA

ESTUDIO PARA UN RETRATO

nubes cual volutas, de tumultuosos efec-
 tos, que sirvenle para proporcionar a los per-

maestría que Manet no alcanzara. Si únicamente se trata de una fantasía de colorista



IGNACIO ZULOAGA

VÍCTIMA DE LA FIESTA

¿Cómo no ponderar el retrato de *Mademoiselle Brival* en *Carmen* y el *Retrato de teatro* que antes Besnard hizo de Mme. Réjane? ¿Y qué más severo que algunos retratos de hombres, que ese retrato de familia todo él en negro? ¿Qué de más soberbio, de más estricto y de más pura raza que el esbelto retrato de *Mme. Quintana de Moreno*, sobrio como un Broncino y nervioso cual un Goya? ¡Qué sorprendente empleo del negro, en una época en la cual se le proscribe porque no saben servirse de él! ¿Dónde encontrar un dibujante capaz de modelar, con igual firmeza y amplitud tan escultóricas, esos cuerpos de toreros donde la fuerza y la delicadeza de organismos perfectos están manifestados con tanta ligereza lineal? Hay entre esos retratos de viejos, campesinos o menesterosos algunos que hacen soñar en Masaccio por la varonil

sencillez del mecanismo y de su expresión, por la grandiosidad de su presentación; mientras que, por otro lado, un paisaje como *Virgen de la Roca*, con sus luces sulfurosas y su aspecto caótico, posee todo el heroísmo de un ensueño de Delacroix; y que tal hechicera arrugada, repugnante, bestial, llega por la magia del modelado, por el vigor de la tónica, a lo dramático de Tintoretto. ¿Cómo, pues, reducirse a la vaguedad de la palabra realismo?

El realismo, aquí, tiene tanto de gran estilo antiguo como moderno, es la vida pensada y vista por un artista completo. El novedoso cuya audacia sorprende es, en realidad, como Manet, un clásico que pone ante nuestros ojos los maestros que los caprichos de la moda hicieron olvidar y que son eternamente nuevos. El naturalista es un estilista cuya



IGNACIO ZULOAGA

tendencia a la meditación áspera y casi austera se afirma de cada vez más. El caballero sangriento cabalgando en la *Víctima de la fiesta* es una visión tan trágica como la de un Greco, y algunas telas recientes muestran flagelantes prosternados ante un Cristo y presas de sufrimiento fanático, revelando que en el señor Zuloaga la antigua y feroz herencia de los Morales y Valdés Leal se manifiesta sin cesar.

Es nuevo y profundo; habla con gravedad y altanería de los tiempos en que la pintura era capaz de lo patético. Por más que viviendo en París una parte del año y habiendo conocido en esa capital sus primeros y más ruidosos éxitos, resta absolutamente español por el corazón y el arte, y no son ciertamente las polémicas lo que podría disminuir en él este amor de una patria a la cual cada una

de sus obras es prenda de fidelidad y acto de fe. Pero ya que a un francés le cabe el honor de hablar de él aquí, ese francés dirá que su obra es, particularmente en Francia, en los actuales momentos, de verdadero valor. A pesar de un conjunto de grandes talentos que, felizmente, mantienen la gloria de mi país, esta gloria está comprometida parcialmente por la lamentable ignorancia de la pintura *cezannianna*, y por la invasión de teóricos dementes que hacen perder el juicio al público y lo pierden ellos mismos por el afán de ser originales antes de aprender. Su novedad es tan ridícula como la de los sombreros femeninos proclamados encantadores por la moda, y que, en la estación siguiente, se nos antojan absurdos, como lo son en efecto. En esta crisis, el arte del señor Zuloaga, se impone en los salones parisienses; es un

MUJERES DE SEPÚLVEDA



IGNACIO ZULOAGA

TOREROS DE PUEBLO

ejemplo noble, significativo y sano. Demuestra que no existen en arte, secretos ni recetas. Tiene el don nativo, y, además, la larga cultura, el estudio tenaz y sincero, que conduce, naturalmente, no a la imitación de los maestros, sino a la comprensión de su espíritu y de su método, y Zuloaga llega a ser digno

de ellos, sin soñarlo. Es un pintor profundamente español este heredero de los antiguos damasquinadores de Eibar, y el pueblo no se ha engañado: el instinto de la raza no deja sitio a ninguna teoría. No es sólo su mirada la que recoge las formas y los colores, es su espíritu quien penetra y sorprende, bajo



EL CRISTO DE LA SANGRE,
POR IGNACIO ZULOAGA



IGNACIO ZULOAGA

MADAME LOUISE. (MUSEO DE VENECIA)

lo externo brillante, el eterno secreto de la vida. Cuanto más adelanta en su carrera, más abandona el pedazo pintado bravamente, el encanto del color por el color, el arte de virtuoso, a fin de concentrar sus dotes de psicólogo y de prestar a su estilo más acento de trágica contención y de altanera melancolía.

En este sentido es de preciosa enseñanza tanto en París, donde no hay quien le admire, como en España, donde es discutido; pero donde parece ser el designado promovedor de un real renacimiento de la tradición y de la raza. De esta raza fija él la imagen hereditaria, y la honra en gran manera, como nadie hizo



LAS DOS AMIGAS

IGNACIO ZULOAGA

después de Goya. Es el historiógrafo incomparable, y ese pretendido revolucionario será saludado un día como un clásico, mientras que el más seductor y el más hábil impresionista español semejará un descartado. Pudiera ser que esa España, de la que Zuloaga pinta tan intensamente los rasgos, esté llamada a

desaparecer, ya que estamos en el momento en que lo pintoresco es proscrito, en que Europa unificase con el triste deseo de uniformar las costumbres, las moradas, la indumentaria. Por lo menos fué dado a ese gran artista, uno de los principes de la pintura contemporánea, sintetizar esta sociedad que



IGNACIO ZULOAGA

EN LA PRADERA

desaparece, y emplear para esto el lenguaje de los creadores que la han ilustrado en la historia. Es con relación a ellos que debe ser juzgado; es después de ellos que es fuerza colocarle; es su tradición la que él reanima. De ahí vienen esta solidez en el esplendor, esta seguridad en el atrevimiento, que, delante de

la obra de Ignacio Zuloaga, me sugirieron siempre la impresión de que tales cuadros estaban en los Salones aguardando ser trasladados al sitio que les corresponde: al Prado o al Louvre. Merced a él España presenta un nombre superior al juicio de la Europa del día.

CAMILO MAUCLAIR.